



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

CIU
DAD
PAS
AN
DO



IPAZUD
Instituto para la Pedagogía,
la Paz y el Conflicto Urbano.
Universidad Distrital
Francisco José de Caldas

RESEÑA

¿Es suficiente la paz estructural para Colombia?

Ramírez, M. (2013). *La paz sin engaños: estrategias de solución para el conflicto colombiano*. Bogotá, D.C.: Ediciones Unisalle.

Yuly Andrea Mejía Jerez¹

Para citar este artículo: Mejía, Y. (2017). "¿Es suficiente la paz estructural para Colombia?". *Revista Ciudad Paz-ando*, 10.1, 111-113

doi: <https://doi.org/10.14483/2422278X.11459>

Fecha de recepción: 13 de enero de 2017

Fecha de aceptación: 20 de junio de 2017

La paz sin engaños: estrategias de solución para el conflicto colombiano es un libro elaborado por Mario Ramírez-Orozco, doctor de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Autónoma Nacional de México. El libro es producto de varios años de experiencia investigativa en temas de paz, conflictos y democracia por parte del autor, está compuesto por cuatro capítulos: en el primero de ellos se aborda conceptualmente la paz estructural; en el segundo se realiza un análisis histórico de los procesos de paz en Colombia; posteriormente, se expone y analiza la estructura socioeconómica del país desde la independencia española; finalmente, se presenta una propuesta integral de paz estructural, que comprende modificaciones al modelo político, económico-social y jurídico de Colombia para garantizar una paz sostenible en el porvenir.

Su contenido parece ser una novedad en la investigación colombiana, dado que en el contexto de violencia, la mayoría de estudios centran su atención hacia las distintas violaciones de derechos humanos y las dinámicas del conflicto —lo cual es necesario y no se desmerita—,

perdiendo de vista que los estudios de paz también son importantes, en la medida que marcan la pauta de futuras acciones de los gobiernos y la ciudadanía en el avance hacia una sociedad más justa y equitativa.

Mediante un análisis riguroso, en donde se genera un diálogo entre los conflictos históricos y los intentos de solución a los mismos en Colombia, Mario Ramírez-Orozco, construye una propuesta de paz positiva, que aborda el triángulo de la paz de Johan Galtung, dentro del cual se comprenden: el fin de la guerra —paz directa—; los cambios culturales que eviten normalizar la violencia —paz cultural—, y la defensa institucional de los derechos humanos y la justicia social —paz estructural— sobre la cual se desarrolla este libro. La paz como ausencia de guerra no es suficiente para la construcción del futuro del país, pues existen condiciones que impiden el ejercicio de la democracia con garantías; por eso la necesidad de implementar cambios de fondo en las estructuras históricas, para satisfacer la necesidad de paz efectiva en todas las poblaciones. El autor define el concepto de paz estructural así:

1 Trabajadora social; investigadora del Grupo de Investigación en Población, Ambiente y Desarrollo (G-PAD) de la Universidad Industrial de Santander. Correo electrónico: andreamejia2122@gmail.com

Al tipo de paz que supere las secuelas producidas tanto por la violencia directa como por los efectos inherentes a la violencia indirecta y/o encubierta. De manera que la ausencia de guerra o conflicto armado sea concomitante a la superación de las desigualdades extremas, la integración de las poblaciones excluidas y el goce efectivo de los derechos ciudadanos para toda la población (Ramírez-Orozco, 2013, p.57). Cierra cita

Ramírez-Orozco argumenta que los conceptos de paz varían de acuerdo a los momentos históricos que vive la sociedad, de ello dependen las acciones que se emprenden para lograrla. Exponiendo los cambios que se dan sobre ella, llega a referir en la paz actual la necesidad de garantizar la democracia, los derechos humanos, la seguridad, identidad y dignidad (Fisas, 1997, citado en Ramírez-Orozco, 2013, p. 34); sin embargo, en Colombia la democracia es débil, los objetivos a cumplir en miras hacia esta no tienen en cuenta a la población, además, la conveniencia de utilizar el discurso de paz como una bandera populista es más importante que incluir estrategias sólidas para transformar las causas que generan las violencias, por ello los tantos intentos pacificadores analizados por el autor no llegan a ser exitosos.

El conocimiento de las oportunidades aprovechadas y los errores cometidos durante los procesos de paz, son aprendizajes para las próximas posibilidades de diálogo entre el gobierno y grupos armados organizados al margen de la Ley (Gaoml). El autor resalta una lista de lecciones elaborada por Alfredo Rangel en el año 2007, donde sobresale la necesidad de cambiar la percepción y la relación que se tiene con el adversario para que exista un reconocimiento de la voz de ambas partes. Esta lección es tenida en cuenta por el más reciente Acuerdo de Paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP); sin embargo, la ciudadanía aún se encuentra atrapada en una percepción de la paz referida a la sumisión de unos ante otros y a la eliminación de los grupos armados mediante procesos forzados que los obliga a ajustarse a condiciones impuestas.

Aun cuando los actores armados llegan a un consenso, la ciudadanía sufre las consecuencias de los años de guerra y de la debilidad estructural que prolonga el sufrimiento por la permanente e histórica brecha social en Colombia. El dolor y odio concebido por la violencia generalizada acrecienta esa brecha en un nuevo momento para la sociedad, donde las personas se dividen entre excombatientes y civiles con un velo grueso marcado por el estigma de violencia ejercida durante largo tiempo, más en contra de la sociedad que del Estado. La paz estructural que propone el autor pretende abordar estas dificultades, dado que favorece el goce de diferentes derechos, que para el caso de Colombia permanecen insatisfechos y motivan la negación de la sociedad a reconciliarse con la guerrilla.

Desde allí, Ramírez-Orozco plantea un modelo político, económico-social y jurídico como propuesta para lograr avances significativos hacia una paz duradera; para lograrlo, primeramente realiza un análisis de las estructuras que predominan y divide así la historia de Colombia en dos: el país anterior y el actual. El primero se ubica entre la independencia española en el año de 1810 hasta el Frente Nacional en el año de 1957; en esta etapa, se vivencian grandes sucesos dramáticos como: la batalla de Boyacá; la desmembración de la Gran Colombia en Ecuador, Colombia y Venezuela; el paso del federalismo al régimen centralista, en la cual se separan los criollos en liberales y conservadores; los conflictos por el territorio, por lo que se refiere a la usurpación de tierras y también la representación política de los terratenientes con la voz del campesinado. En esta época también surgen organizaciones revolucionarias como el Partido Socialista Revolucionario, para exigir los derechos de los trabajadores violados por las dinámicas que emergen en el proceso de modernización.

El país actual es descrito por el autor como una época en la que hace falta la continuidad en los planes presidenciales. Los gobiernos del postfrente nacional hasta el año de 2010 plantean estrategias para conseguir ampliación en la cobertura de servicios de salud, crecimiento económico, reducción de desigualdades, integración regional, descentralización, entre otros, sin tener en cuenta las posibilidades económicas y la dinámica social que deriva en crisis financieras y el descuido de problemáticas transversales de la realidad nacional. Como resultado causal de dicha negligencia está el narcotráfico, que se implanta en las zonas rurales y semirurales de Colombia, crea sus propios ejércitos privados y acrecienta la violencia que no es simplemente armada, sino política, con la alianza entre las fuerzas del gobierno, paramilitares y narcotráfico para imponer un único modelo de país.

El panorama de Colombia es bastante complejo, se vuelve normal invertir más en defensa y gastos militares que en educación y salud; igualmente, la población colombiana es señalada en el exterior producto de las injerencias del narcotráfico. Los resultados son consecuencias lamentables como el aumento en fletes de transporte y seguros, así como la criminalización de otros sectores de producción.

Con este panorama, Ramírez-Orozco identifica unos puntos trascendentales en la conflictividad colombiana: la desigualdad económica extrema, la exclusión política, el debilitamiento del Estado, el crecimiento económico precario, la deficiente cobertura social, el alto grado de corrupción y un sistema jurídico y penal frágil. A partir de esto, propone un modelo político que exige modificaciones a elementos ya existentes para lograr un sistema más equitativo y participativo. Para lograrlo, presenta la ampliación de posibilidades políticas para la ciudadanía, es decir, la apertura real a la elección a representantes

que encarnen los intereses de todos los sectores de la población, lo que implica descriminalizar a la oposición así como generar ambientes de confianza y seguridad.

A su vez, la propuesta de modelo económico-social para Ramírez-Orozco, es importante dadas las problemáticas territoriales que enmarcan la historia del país. El autor aconseja la implementación de una revolución agraria, cuyos principales objetivos sean la redistribución de la tierra productiva; para lograrlo, es necesario tener en cuenta el contexto de conflicto que aún persiste y por ende complejiza la situación. Por ello, planea opciones como el desarrollo de estrategias participativas, la entrega de las tierras a la población desplazada, garantizando servicios básicos, actividades de terapia ocupacional y de integración comunitaria, la garantía de educación para el trabajo rural y la constitución de una institución que controle la entrega de créditos a campesinos sin la exigencia de proyectos que limiten las posibilidades de beneficio. Adicional a ello, para motivar el desarrollo agrario también propone la incursión de las personas reinsertadas mediante programas de reconciliación, lo cual le permita a las poblaciones coexistir con mayor fluidez. En cuanto al narcotráfico, el autor propone eliminar las medidas represivas e implementar estrategias que desfavorezcan el consumo de drogas ilícitas, como un proyecto ético de reeducación de la sociedad.

La propuesta es llamativa dado que procura disminuir el desgaste del sistema por la abundante normatividad, que quita credibilidad a la justicia del país, experta en promulgar leyes para castigar y no cumplirlas, pero limitado para prevenir. Por ello, la alternativa que aplica Ramírez-Orozco, sugiere una reconceptualización de la justicia, que involucra más convivencia pacífica y reconciliación, que sanciones poco dignas.

En este sentido, es necesario dar una mirada además de las estructuras, a la cultura. Entre las propuestas del autor, se puede evidenciar la intención de propiciar cambios culturales. Existe la necesidad de implementar más acciones no violentas ante las adversidades históricas del país para construir una nueva sociedad capaz de alcanzar la participación equitativa, el desarrollo y la recuperación de las relaciones sociales con base en la reconciliación, imprescindible para comenzar a cerrar el capítulo de la violencia y abrir uno nuevo, cargado de voluntades efectivas de paz. Las implicaciones que tiene la permanencia de guerra conducen a la existencia de modelos de violencia encubiertos que terminan siendo aceptados y normalizados; por tal razón, tomar la paz estructural como parte de la solución es buena idea, si también se tiene en cuenta la cultura y los cambios que se deben hacer desde allí, para lograr la aceptación social de las transformaciones de las

estructuras y el mejoramiento de las condiciones difíciles de la sociedad.

En procesos de postconflicto, también son necesarios los procesos pedagógicos que reeducan a las poblaciones respecto al conflicto armado y les permita transformar la percepción que tienen del mismo, borrando la barrera creada entre unos y otros, fundamental para lograr escenarios de paz mucho más cotidianos de lo que vienen siendo históricamente. De esta manera, se responde a la pregunta que titula esta reseña, y se afirma que aunque la propuesta de paz estructural —muy bien elaborada dentro de este libro— parece abarcar muchos aspectos, no es suficiente, porque debe trabajar de la mano de la paz cultural para acabar con normalización y reproducción de la violencia directa.

Concluyendo, Colombia es un país que con el paso del tiempo y la incorporación de nuevas dinámicas sociales se complejiza, creando retos mayores para sus dirigentes, quienes se enfrentan ante la necesidad de establecer nuevos planes acordes a la realidad, que se centren en analizar las causas de los problemas, más allá de intervenir en ellos sobre sí mismos. Dicha reflexión parece ser bien conocida por los gobernantes; sin embargo, la necesidad de obtener un posicionamiento político les hace olvidar las demandas reales del país.

Mario Ramírez-Orozco parte de la historia de los procesos de paz y las estructuras del país para hacer un aporte a la posible construcción de una Colombia diferente, que coloque la paz como principio de convivencia, y enmarca sus propuestas en la transformación de las estructuras como la opción más viable para estrechar la inmensa brecha social que continúa vigente y que demanda de soluciones profundas y duraderas.

Este libro marca la pauta de los estudios de paz en Colombia, es un aporte importante porque no solo analiza el conflicto armado, sino que propone y ofrece cambios estructurales vislumbrando los retos que tiene el país en años venideros respecto a construcción de paz. Hace falta en este texto el diálogo entre paz estructural, paz cultural y paz directa que guarde coherencia con el triángulo de la paz sobre el cual se basa el autor para desarrollar esta investigación. Por eso, es importante para quien lea este libro que, si bien, las propuestas del autor parecen bastante llamativas, es necesario comprender que la paz es imperfecta y que se pueden dar pasos hacia ella, que no solamente consisten en el fin de la guerra y el cambio de las estructuras, sino también en la generación de escenarios reales que puedan ser vivenciados cotidianamente, es decir, que la cultura empiece a normalizar la paz y a desnormalizar la violencia que no solamente existe en contextos de conflicto armado.